

## RESEÑA

**Rene Zazzo, La Psicología Norteamericana. Traducción de  
Noelia Bastard. Bs. As., Edit. Paidós, 1964, p. 174**

**Por Angel Laurenzano**

---

"La ciencia cuyo desarrollo está en estrecha dependencia de las condiciones del medio, es singularmente esclarecida por la historia, pero la historia es un estéril juego de anticuarios si su dialéctica no nos lleva a la comprensión del presente". Tal el postulado fundamental del que parte el discípulo de Henri Wallon, en esta obra que por causas diversas ha visto demorada su aparición, la que debía haberse producido en 1939.

En la última mitad del siglo pasado —sostiene Zazzo— la vertiginosa expansión económica de los EE. UU., trae como una de sus consecuencias el desarrollo de la "ciencia pura". Los centros de enseñanza son concebidos con la misma mentalidad de empresa privada que el resto de las actividades y así es que su expansión no va en zaga a la de las industrias del acero y del petróleo. Europa es vista en esa época, como el centro cultural por excelencia y no es extraño entonces que se convierta en meta de muchos estudiosos. En 1879 el centro de convergencia de aquellos que se interesan por el estudio de la psicología, está en Leipzig. Stanley Hall, Cattell, Scripture, Warren, Stratton, Angell, Judd, entre otros, son, por ese entonces, aventajados alumnos de Wundt.

Si poco o nada era el quehacer psicológico hasta entonces, al regreso de estos autores a su tierra, cobra la psicología un vigor asombroso, recreando continuamente las doctrinas inmigradas. Proliferan los laboratorios, aparecen los primeros manuales de psicología, por iniciativa de Hall se funda la American Psychological Association, llegan a los EE. UU. dos alumnos de Wundt, el alemán Munsterberg y el británico Titchener.

Partiendo de este origen, Zazzo analiza la teoría de cuatro autores —James, Titchener, Baldwin y Watson— que le permitirá, a su juicio, orientarse en las distintas variedades de "psicologías americanas", con el objeto de saber que pueden darnos las mismas hoy y, mas aun, que nos prometen para mañana.

Asume el autor, la dificultad con que se enfrenta al situar en espacio tan reducido, la magnitud de la obra de James. Admite que le puede esperar la crítica de dos tendencias. Por un lado, los que considerando la labor de William James como

una de las más importantes del pensamiento psicológico americano, le reprochen la poca dedicación que le acuerda. Por otro lado, los que viendo en James, no al primer psicólogo, sino al último de los grandes metafísicos, vean excesivo su tratamiento. De todos modos, el objetivo al que se dirige este trabajo, los estudiantes franceses, como así también la circunstancia de que a pesar de la gran cantidad de traducciones y comentarios, el pensamiento de James no es cabalmente conocido y pocos son los que se preocupan de las contradicciones de sus citas tan frecuentemente usadas, motivan que gran parte de la obra la dedique Zazzo, a este pensador.

El autor acepta la existencia de profundas contradicciones en el pensamiento de James y apoyándose en una frase de éste: "Toda filosofía es obra de un temperamento, drama de una vida", bucea en la biografía del pragmatista americano, en busca de los orígenes de aquellas. Tras la descripción de las vicisitudes de James, Zazzo se dedica a su obra, especialmente a uno de sus trabajos más importantes, sus "Principles" (1890). Señala James en los "Principles" que la actividad mental es una función del cerebro, que el hábito es propiedad de los centros nerviosos, que el sentimiento de emoción es un fenómeno esencialmente fisiológico, etc. Aquí le parece hallar al autor, la influencia de uno de los maestros de James, el célebre naturalista Agassiz. Sin embargo —plantea Zazzo— James, a pesar de haber satisfecho una de sus necesidades más imperiosas, no está tan seguro de su éxito. Al poco tiempo dejará su laboratorio y sus ideas netamente psicofisiológicas, en aras de un estudio más filosófico, del que en rigor de verdad no estuvo nunca totalmente alejado. Transcurría el año 1898, cuando William James da nombre a su concepción del mundo. No es a esta altura un sistema coherente, sino tan solo un método que "debe despejar a la mente de su rigidez especulativa, para inclinarla al goce de las experiencias vividas". Parte James de los postulados básicos de Charles Sanders Peirce, del que aún no se ha alejado demasiado. Pero su intento es llevar ese pragmatismo hasta la última de sus consecuencias. Del "todo lo que es real es racional" de Hegel, se ha pasado al "todo lo que es real es práctico". Pero ¿qué es en última instancia lo práctico para James? Lo actuado o hecho por el hombre. ¿Entonces puede ser la ciencia y la técnica o la moral y la religión? Aquí se encuentra James con una distinción dicotómica que, según Zazzo, no podrá superar.

El autor dedica el capítulo siguiente, a la obra de E. B. Titchener. Tras ubicarlo junto a Baird y Sandford, como baluarte de la psicología experimental en oposición al "frente americana" que contaba como jefes a Baldwin y Catell, aclara que si bien se lo conoce a Titchener por su estructuralismo, término heredado de James, el mismo no debe entenderse como una psicoestática; en demostración de lo cual se apoya en una frase del "Textbook of psychology", publicado por Titchener en 1909: "La marea

alta de ayer, tanto como la conciencia de ayer jamás volverán, sin embargo hay una ciencia psicológica como hay Duna ciencia oceánográfica". Este concepto de actividad, sobre todo al considerar coma tal a las sensaciones, es también —para Zazzo-- lo que distingue a Titchener de Wundt y los psicólogos asociacionistas. Para ubicar la posición del psicólogo inglés, el autor parte de su "Textbook", sosteniendo que éste es el único panorama general de su obra que poseemos. Esto va en detrimento, quizás, de una comprensión cabal de la evolución del pensamiento de Titchener, ya que no permite apreciar el cambio fundamental de sus ideas, que surgiría si se lo compara con sus primeros trabajos especialmente con su "An outline of Psychology" (1896). De esta manera Zazzo, ya se encuentra con el paralelismo psicofísico de Titchener, en donde la psicología no es más que un punto de vista entre otros, siendo la conciencia el único criterio seguro para distinguir la serie psicológica de la física.

El siguiente capítulo, el autor lo dedica a la crítica de Baldwin. Al sostener que la ciencia evolucionista está en la base de la psicología americana, ya que nada podría convenir mejor a la joven democracia capitalista de América, que esas nociones de lucha por la vida, diferencias individuales, supervivencia de los más aptos, etc., considera a Baldwin como uno de los más eminentes teóricos evolucionistas que soñaron con una psicología genética, después, como muchos de sus contemporáneos, de abandonar defraudados el laboratorio. En un extenso capítulo, juzga Zazzo la obra de este psicólogo americana, criticando sus teorías evolucionistas y su aplicación a la adaptación individual; su seleccionismo; su idea del pensamiento como instrumental, donde está emergiendo el instrumentalismo de Dewey; su doctrina del Pancalismo, en donde toma la intuición estética como base experiencial; su reacción circular y el papel que hace jugar a la imitación, inclusive coma factor activo de toda socialización, etc. Destaca también las contradicciones de la obra de Baldwin, que, mientras sostiene que no se puede encontrar en un estado mental inferior algo que aparece en otro superior, considera la motricidad del niño como un medio, quizá el único, de verificar nuestros análisis mentales.

Zazzo continúa su estudio con el análisis de la obra de Watson. Sostiene el autor que se están dando 'por esa época, en todo el mundo, líneas de convergencia que necesariamente nos llevan al conductismo. Las experiencias de los "objetivistas", especialmente von Uexkull, en Alemania; los trabajos de Pavlov en la Unión Soviética y uno de sus corolarios, la psicología objetiva de Bechterev; mientras en América, donde se desarrolla con "exuberante vitalidad" la psicología animal, se está dando por entonces la polémica Loeb-Jennings. Thorndike trabaja con los laberintos en Columbia; Yerkes, al igual que Thorndike, discípulo de James, utiliza además de los

laberintos los reflejos condicionados. Si Darwin había mostrado el camino que va del animal al hombre, este método que nace con el estudio de los microorganismos inexorablemente está por alcanzar al hombre. J. R. Angell, que defiende la psicología introspectiva, expresa sus temores. Se había suprimido la palabra "alma", ahora se intentaba suprimir la conciencia. En el mismo número de la *Psychological Review*, donde Angell plantea esos temores, Watson publicaba el artículo que sería considerado como el manifiesto conductista.

Zazzo dedica el último capítulo al estudio de las "psicologías americanas" más notables, apoyándose en la orientación que puede aportarle las tendencias expresadas por

James, Titchener y Watson. Así pasa revista en breve síntesis, a las posiciones sustentadas por los psicólogos más relevantes. La de Munsterberg, colaborador de James, con su psicología del acto; la del grupo de Chicago, con John Dewey como jefe, de cuyo funcionalismo dirá Titchener que trabaja con datos que no son un "is" sino un "is for" y de la cual Zazzo prestará especial dedicación a su concepto central de adecuación del organismo al medio. Analiza también la influencia ejercida por el funcionalismo sobre Angell, Judd, Carr —éste con su intento de limar las diferencias entre funcionalismo y estructuralismo— y Woodworth, en cuya psicología dinámica se detiene especialmente.

Sintetiza luego el autor, entre otras, las posiciones de Mary Calkins con su crítica, tanto al estructuralismo como al funcionalismo, en tanto ambos omiten al yo como totalidad; de los neorealistas como Perry, Montague y Holt, etapas intermedias entre William James y Watson, y a los discípulos de Titchener, especialmente a Margaret Washburn, Madison Bentley, M. S. Ryan y a Boring con su operacionalismo.

Deja para el final un análisis de las concepciones de Mac Duggall, Dunlap y Kantor, cuya independencia con las ideas anteriores es relativa. El primero ligado en cierto modo a las especulaciones pragmáticas de James, mientras Dunlap y Kantor se relacionan hasta demarcarse con el conductismo. Concluye con una visión de la suerte corrida en los E.E. U.U., por dos corrientes originadas en países germánicos: el psicoanálisis y la psicología de la Gestalt.

No puede negarse el aporte de esta obra de Zazzo, en tanto significa un delineamiento de etapas, cuyos conocimientos parciales posibilitan en estos días puntos de referencia, aun como fuentes de nuestros errores, para una comprensión más amplia de las "verdaderas perspectivas de la humano", a pesar que, al decir de

Zazzo"...no son los psicólogos quiénes renovarán el mundo, es la renovación del mundo la que devolverá al hombre a si mismo y le permitirá finalmente conocerse".